4. *UNO, DOS, TRES*. UNA VISIÓN DE LA GUERRA FRÍA DEMASIADO IRÓNICA PARA SU TIEMPO

Víctor Manuel Amado Castro
UPV-EHU

Nada mejor que la Coca-Cola como representante de los valores americanos en la Europa de posguerra. Así comienza la película de Billy Wilder *Uno, dos, tres*. Cáustica visión sobre los momentos más críticos de lo que la historiografía denomina primera guerra fría. El film tiene como escenario la ciudad alemana de Berlín y fue rodado días después del levantamiento del muro que dividió a esta ciudad en dos sectores.

4.1. **Los orígenes de la guerra fría**

Con este término los historiadores nos referimos al periodo que transcurrió desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la desintegración de la URSS en diciembre de 1991, es decir, cuarenta y seis años en los que la mayor parte del mundo estuvo dividido en dos bloques. Sin embargo, este término no fue acuñado por los historiadores sino que fue utilizado por primera vez por un político norteamericano, Baruc, que fue asesor del presidente Roosevelt para los temas relacionados con la reconstrucción europea de posguerra. La guerra fría es

aquel periodo histórico que define las tensiones que en el amplio campo de las relaciones internacionales se dieron entre dos bloques. Uno liderado por la Unión Soviética y sus estados satélites, todos ellos con sistemas políticos y económicos de corte socialista, y otro encabezado por los Estados Unidos de Norteamérica que tenían como substrato común la economía de mercado y la democracia de corte liberal como sistema de organización política. Pero, lejos de ser un tiempo homogéneo, este periodo histórico tuvo diferentes fases en el que las tensiones fueron más o menos intensas y en el que al menos en una vez, se estuvo muy cerca de provocar una nueva confrontación que podía haber sido de escala mundial. Son al menos tres los periodos en los que podemos dividir la guerra fría. El primero de ellos dio comienzo tras la firma del tratado de Postdam y el inicio de la guerra civil en Grecia y tendría su punto culminante en la crisis de los misiles de 1962. Este primer tiempo se caracterizó por la política de *contención*, término que acuñó el diplomático estadounidense Kennan y que tenía como objetivo limitar la expansión del imperio soviético, mediante la articulación de un entramado de relaciones, militares y políticas, en el bloque liderado por los Estados Unidos. La segunda fase, conocida como *distensión* (1962-1979), supuso la relajación del enfrentamiento entre bloques, aunque éste se produjo en terceros escenarios como el asiático y el africano, ambos insertos ya en sus procesos de descolonización. Durante este periodo cabe resaltar la guerra de Vietnam y la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE –hoy OSCE–) en la ciudad finlandesa de Helsinki. Por último está el tercer periodo en el que el enfrentamiento ruso-americano aumentó y que se conoce como segunda guerra fría. La invasión de Afganistán por tropas soviéticas en 1979 dio paso a esta tercera fase a la que siguió el despliegue por parte soviética de los misiles

SS20, y la contestación norteamericana con la instalación en suelo alemán de los misiles Pershing. La disolución de la URSS en diciembre de 1991 puso fin a este periodo de cuarenta y seis años denominado guerra fría.

El inicio de la guerra fría tiene varias causas y la mayoría de ellas hunden su génesis en los últimos años de la segunda gran contienda mundial. Pero si algo caracterizó este periodo, sobre todo en sus inicios, fueron dos rasgos: la desconfianza y la provisionalidad. Estas dos premisas conformaron el caldo de cultivo ideal que dio origen de la guerra fría. Fue en la Conferencia de Yalta (4/11-II-1945) donde las grandes potencias establecieron los cimientos de lo que se llamó el sistema bipolar, es decir, aquel entramado de relaciones y alianzas que, en torno a las dos grandes potencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, protagonizó las relaciones internacionales del periodo de la guerra fría.

De manera paulatina la desconfianza entre las grandes potencias fue en aumento y las políticas y las posiciones de los anteriormente aliados en la Segunda Guerra Mundial se volvieron más rígidas y menos transigentes. Al mismo tiempo, los dirigentes tanto de la URSS como de los Estados Unidos, fueron diseñando por medio de sus discursos un escenario cada vez más tenso. Así, en febrero de 1946, con motivo de las elecciones al Soviet Supremo, Stalin pronunció un discurso en el que además de una crítica al capitalismo preparó a la sociedad soviética para lo que más tarde sería la carrera nuclear que caracterizó el periodo de la guerra fría. A la vez, en marzo del mismo año, Georges Kennan, alto mandatario de la embajada norteamericana en Moscú, envió su famoso telegrama en el que abogó por la contención del expansionismo soviético no sólo por Europa sino también por el resto del mundo. Así el principio de contención se convirtió en el eje principal de la diplomacia norteamericana. A estos

discursos hubo también que añadir la posición de algún gobierno europeo, como el británico, firme partidario de la acción conjunta de los países anglosajones con el fin de contener la expansión soviética. Fue en 1957 cuando un periodista norteamericano acuñó el término de *guerra fría* para definir un enfrentamiento que, a diferencia del de la Segunda Guerra Mundial, se caracterizó por una situación política siempre turbia que dio inicio a un tiempo de tensiones y disensiones siempre amenazante, y que en sus propias palabras definió como «la historia del imposible enfrentamiento entre dos imperios».

Con este escenario la política de contención que puso en práctica el gobierno norteamericano no se ciñó solamente al campo defensivo y militar. La potencia americana se dio cuenta de que la contención también debía darse en el campo ideológico y sobre todo en el económico. A partir de ese momento fue cuando se puso en marcha la doctrina Truman. Con una cantidad de cuatrocientos millones de dólares en ayuda militar, apoyó a los británicos para contener el avance de los rebeldes respaldados por los soviéticos en Grecia. De esta manera la diplomacia norteamericana rompía con la tradición de no injerirse los problemas internos europeos. Pero fue un año más tarde cuando se articuló una ayuda financiera, inherente a un proyecto ideológico de corte occidental y capitalista, sobre la Europa occidental que determinó así la división del viejo continente. Mediante el Plan Marshall los Estados Unidos aportaron unos 13.000 millones de dólares entre 1948 y 1952. Esta ayuda económica directa permitió liberar los intercambios comerciales entre los países de la Europa occidental y la de estos mismos con los países que utilizaban el dólar como moneda de transacción. Esto hizo que en un decenio los índices de producción de los países del occidente europeo se situaran en los niveles anteriores a al Segunda Guerra

Mundial, lo que fue determinante en su desarrollo. Esta ayuda financiera implicó también cambios en los gobiernos de Italia y Francia, donde se impidió en todo momento la presencia de los partidos comunistas en los respectivos ejecutivos. Fue en este mismo instante cuando la fractura ideológica entre las dos «Europas» se hizo aún más profunda. Se creó también en 1948 la OECE (Organización Europea de Cooperación Económica) que, con sede en París, fue el organismo encargado de articular toda la ayuda financiera que provenía del Plan Marshall. Inicialmente este Plan se concibió para la totalidad del continente, pero los países del centro y del Este de Europa, bajo la presión soviética, se negaron a recibir dicha ayuda. En definitiva, este ingente plan de ayuda económica puesto en marcha por los Estados Unidos sirvió también a la potencia americana para influir de manera directa en la política interna de los países de Europa occidental. Fue a partir de 1948 cuando las tensiones entre los dos bloques llegaron a uno de sus puntos más álgidos. Acontecimientos como el golpe de Praga o la guerra en Indochina no hicieron más que trasladar las trincheras del enfrentamiento a terceros escenarios. Pero fue el bloqueo del sector occidental de Berlín de febrero a junio de ese mismo año, lo que hizo que la tensión estuviera a punto de convertirse en un enfrentamiento militar.

4.2. **Berlín, símbolo de la división**

Esta ciudad alemana va a ser sin duda alguna el símbolo de la guerra fría y el motivo de las tensiones entre las dos potencias durante los primeros años de la misma. Fue el 5 de junio de 1945 cuando las tropas aliadas dieron por tomada la capital del hasta ese momento III Reich y,

actuando como representantes de sus respectivos gobiernos, certificaron la inexistencia de cualquier poder central en Alemania. En esta situación apareció lo que se convirtió en la cuestión clave de las relaciones entre los dos bloques, la tutela de Alemania y de su capital Berlín. Finalmente esta capital quedo bajo el gobierno de las potencias aliadas que constituyeron una autoridad suprema común. Físicamente Alemania se encontraba dividida en cuatro sectores bajo el control directo de cada una de las potencias aliadas. Para aquellos temas que repercutían a la generalidad del territorio germano existía un Consejo de control compuesto por los cuatro comandantes supremos con poder de decisión sobre la totalidad del territorio. Igualmente, la capital, sede de este organismo, quedaba dividida en otros cuatro sectores que estaban gobernados por una *Kommandatura* que a su vez estaba bajo la supervisión del Consejo de Control. En un principio este gobierno cuatripartito de Alemania tenía como fin establecer una política exterior común para este país. Los objetivos y directrices de la misma fueron diseñados en la Conferencia de Ministros de exteriores de Moscú en 1943, y más tarde confirmados en el acuerdo de Postdam del 2 de agosto de 1945. Al margen de lo que pudo suponer la política exterior y también la de defensa, el cometido principal de este gobierno aliado fue modificar profundamente los preceptos constitucionales que sirvieron de germen al nacimiento del movimiento nacionalsocialista alemán, en definitiva de lo que se trató fue de democratizar Alemania. Pero fueron las diferentes visiones que sobre el concepto de democracia tuvieron las potencias las que provocaron el germen de la futura partición de este país. Mientras los soviéticos decidieron instaurar en su sector una democracia de tipo marxista, el resto de los aliados, con Estados Unidos a la cabeza, optaron por implementar un sistema que se articuló sobre

los principios básicos de las democracias liberales. Así, este país, que había sido símbolo de la destrucción que provocó una ideología como el nacionalsocialismo, se convirtió tras el final de la segunda guerra en fiel reflejo de la división que se cernía sobre el mundo. Al mismo tiempo, y a semejanza de lo que pasó en el resto del país, en Berlín la *Kommandatura*, órgano de gobierno de la ciudad, entró en una profunda crisis que hizo que cada potencia actuara a su libre albedrío en sus respectivos sectores. Esta situación hizo que la tutela común sobre Alemania se diera por terminada de facto. En 1948 los soviéticos dejaron de asistir a los órganos de control tanto de Alemania como de Berlín, tanto la Comisión de Control como la *Kommandatura* se convirtieron en órganos de control sobre las zonas de los aliados occidentales.

Este contexto hizo que las relaciones Este-Oeste, especialmente entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, fueran cada vez más tensas. Así, en marzo de 1948 llegó la decisión de Moscú de limitar el libre acceso a la ciudad de Berlín para todos aquellos viajeros que utilizaran los medios de transporte occidentales en sus desplazamientos a la capital alemana. Siguiendo esta dinámica, en junio del mismo año los soviéticos decidieron suspender la circulación por todas aquellas vías de comunicación que unían Berlín con la Alemania del Oeste. Ante esta situación y ante la amenaza de actitudes más ofensivas, el presidente Truman decidió establecer un puente aéreo para hacer llegar a la ciudad todos los elementos necesarios para su población. Esta forma de abastecer la ciudad fue creciendo día a día, pasando de las 400 toneladas a las 4500 que se enviaron en los momentos álgidos. Esta situación de bloqueo de la ciudad duró hasta el 12 de mayo de 1949, cuando definitivamente el bloqueo soviético llegó a su fin. La división ya era una realidad, y la tensión no había hecho más que aumentar. La consecuencia de todo esto fue que de un lado los aliados y del otro los soviéticos, comenzaran a implementar sus modelos político-económicos en aquellas áreas que controlaban y esto, claro está, también incluyó a Berlín. A cada uno le correspondió crear los poderes y el entramando público en la Alemania que controlaba. El 8 de mayo de 1949 la Asamblea parlamentaria votó afirmativamente la Ley Fundamental de la República Federal Alemana (RFA), la cual había sido admitida por los componentes occidentales del Consejo de Control, aunque oficialmente no fue hasta el 23 del mismo mes cuando se constituyó la RFA. Para Berlín, tras la ruptura entre los aliados, norteamericanos, británicos y franceses decidieron asumir directamente el control del sector occidental de esta ciudad e insertarlo como un *Lander* más de los once que constituían la República

Federal, desechando la posibilidad de que esta ciudad se añadiera a uno ya preexistente. Las dificultades constitucionales emanadas del estatuto especial de Berlín hicieron que esta consideración no se llevara a cabo. De esta forma el desarrollo político administrativo de esta ciudad quedó disociado del de la RFA. Dos años más tarde y mediante los acuerdos de Bonn, se dio por terminada la ocupación militar de la RFA por parte de las tropas aliadas occidentales, aunque este tratado no mencionó en ningún momento a la situación de Berlín oeste.

La década de los cincuenta fue decisiva para el desarrollo de las dos Alemanias, especialmente para la del oeste. Ayudada por los incentivos económicos provenientes del Plan Marshall, la RFA se recupero velozmente de los estragos producidos en la Segunda Guerra Mundial. En esta década, y de la mano del político democristiano Adenauer, este país se convirtió en el principal impulsor de la integración de la RFA en la Europa occidental y del estrechamiento de los lazos con los Estados Unidos. Además de suponer una apuesta político económica por un modelo determinado, la deriva proatlantista de la RFA respondió a un factor psicológico de vital importancia como fue la búsqueda de una relación de pertenencia y de identidad con los valores occidentales que desterrara del subconsciente alemán, los valores de derrota y de división que le perseguían desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Pero fue en 1955 cuando la RFA recuperó su plena soberanía al retirarse las tropas aliadas de este territorio y zanjar de manera definitiva el espinoso tema del rearme alemán con la integración de este país en la OTAN. Con las elecciones celebradas en 1957 terminaba la primera fase de vida de la República Federal Alemana, en el que la democristiana CDU, con un 50,2 % de los votos, obtenía la mayoría absoluta frente al 31,8% que había logrado la socialdemocracia.

Alemania Occidental aparecería ante los ojos del mundo como un país que había alcanzado la plena estabilidad política, económica y social y que se había alejado de cualquier aventura similar a la de tiempos ya superados.

4.3. **La segunda crisis de Berlín**

Los años que siguieron a las tensiones que se produjeron en Berlín a finales de los cuarenta transcurrieron en un ambiente de calma y de cierta estabilidad política. De esta forma la antigua capital alemana se convirtió el modelo de la *coexistencia* entre el Este y e Oeste, dentro de lo que se llamó el periodo de *distensión*. En lo que a los dos sectores se refiere la situación era claramente desigual. La zona occidental, bajo la tutela anglo-franco-estadounidense, se fue insertando paulatinamente en la economía de la República Federal Alemana, beneficiándose así del intenso desarrollo que caracterizó a este país durante la década de los cincuenta. Al margen de los beneficios procedentes del desarrollo económico de la Federación, el sector occidental de Berlín recibió grandes cantidades de dinero procedentes de las ayudas que para sufragar su reconstrucción y desarrollo le llegaron por diferentes cauces. Uno de estos fue el de la capital administrativa de la RFA y símbolo de la unidad perdida cual era Bonn. Mediante esta política de ayudas específicas el sector occidental de la vieja capital alemana se fue configurando un foco de atracción especialmente para sus vecinos de lado oriental. El sector occidental era visto por los orientales como un lugar de desarrollo, prosperidad económica y de convivencia política, apareciendo así como un foco de atracción constante no sólo para los berlineses del sector oriental sino también para los habitantes de diversos países de la Europa central y oriental. Al

margen de ejercer como un escaparate de occidente, Berlín fue también un lugar desde donde los aliados intentaron contener la influencia comunista cuando no minarla en los sectores donde ya se había establecido. Las campañas de propaganda y de todo tipo que tuvieron como destino final el lado comunista fueron organizadas y diseminadas desde el sector occidental de Berlín mediante la información radiofónica. Junto a esto y debido a su situación geográfica fue un escenario continuo de la actuación de los diferentes servicios de inteligencia y de espionaje de las diversas potencias mundiales.

En el otro lado se encontraba Berlín oriental que luchaba por el desarrollo económico y social siguiendo las rígidas normas de la ortodoxia stalinista. La República Democrática Alemana (RDA), cuya soberanía fue reconocida el 20 de septiembre por la URSS, pasaba por momentos muy difíciles en el aspecto económico y por lo tanto en el social. Fue el 17 de junio de 1953 cuando sucedió uno de los incidentes de más trascendencia en este sector. Un grupo de obreros se manifestó por las calles del sector oriental en demanda de mejoras, de un mayor nivel de vida, de un menor ritmo de trabajo y de mayor libertad política. La respuesta del gobierno oriental no fue suficiente para calmar los ánimos ni para evitar las movilizaciones. Éstas tuvieron que ser cortadas de raíz por las tropas soviéticas que estaban allí estacionadas, y que aplicaron una durísima represión contra los manifestantes que se tradujo en miles de detenciones y en varias decenas de penas de muerte. En definitiva esta situación no era mas que una muestra de las limitaciones que en cuanto a libertad y desarrollo material tuvieron las sociedades comunistas de la época. Tras estos acontecimientos, el gobierno de Pankow decidió implementar una serie de políticas tendentes a mejorar la calidad de vida de los habitantes de la RDA y a desarrollar la economía del

país, ya sin la ocupación soviética. Pero al final, el balance entre las dos Alemanias y más concretamente entre los dos sectores de Berlín fue siempre favorable al lado occidental. La proximidad geográfica que suponía este polo de atracción provocó numerosas fugas de importantes sectores de la población de Alemania oriental hacia el Berlín occidental. Se estima en unos 2.245.000 las personas que pasaron del sector oriental al occidental entre 1952 y 1961, lo que equivalía a unas 2000 deserciones diarias. Estos grupos de personas que decidieron abandonar Alemania Oriental se insertaron con facilidad en el sector occidental debido a la expansión económica que vivía esta parte de Alemania y a los programas especiales que para su inserción puso en marcha el gobierno de Bonn. Por su parte, Berlín Este fue incapaz de poner fin a las constantes fugas que se produjeron y que tuvieron un doble efecto negativo para sus intereses. De un lado porque las capas de población que abandonaron Berlín Este pertenecieron en su mayoría a los sectores profesionales y de mano de obra especializada de este país, lo que supuso además una sangría en su precaria situación económica. Al mismo tiempo porque el escaparate de Berlín occidental y las constantes fugas no sólo minaron el régimen de la Alemania oriental, sino que supusieron una constante desacreditación para el modelo de vida socialista. Por lo tanto, Berlín occidental aparecía cada vez más como una clara amenaza que ya no sólo minaba a Alemania oriental, sino que lo hacía sobre los mismos cimientos del proyecto socialista.

Ante esta situación y en pleno proceso de *desestalinización*, Moscú tuvo como primer objetivo reforzar desde todos los ámbitos a la RDA, en su afán por detener la sangría constante que esta situación suponía para la totalidad del mundo comunista. En este contexto se articuló el discurso que el dirigente soviético Kruschov pronunció

sobre Berlín. En dicha alocución, Moscú estableció de nuevo las líneas en torno a las cuales articulaba la situación alemana. La unificación sólo podría venir del acuerdo entre las dos Alemanias. Al mismo tiempo, acusó a las potencias occidentales de haber violado repetidamente los acuerdos de Postdam y pidió a su vez la salida de las tropas aliadas del sector de Berlín occidental, por lo que, en su opinión, había llegado el momento de poner fin a la ocupación de la antigua capital alemana. En esta dirección Moscú había trasladado a la soberanía de Alemania oriental todas las funciones que ejercían las tropas soviéticas en el sector oriental de Berlín. Con esta situación cualquier modificación del *status* de esta ciudad debía ser negociado entre los aliados occidentales y el gobierno germano oriental y ya no por la Unión Soviética. Al tiempo que hacía esta declaración apuntó que, no obstante, seguiría los preceptos que marcaba del pacto de Varsovia. Al haber ratificado la RDA dicha alianza militar, cualquier agresión que sufriera ese país obligaría la Unión Soviética a actuar solidariamente con la RDA.

Detrás de estas propuestas estaba el objetivo soviético de instigar que las potencias occidentales firmaran una acuerdo de paz con la Alemania oriental, lo que implicaba el reconocimiento de la misma por parte de los países occidentales. En caso de que esto no fuera así, Moscú apostaba por organizar una nueva conferencia en torno a Berlín para declararla una ciudad libre y desmilitarizada. Si el objetivo de Moscú era conseguido, es decir si las potencias occidentales reconocían a la Alemania oriental, la posición de Bonn se vería seriamente deteriorada, lo que a su vez, daría al traste con la política filoatlántica del canciller occidental Adenauer en su afán de garantizar la seguridad de la antigua capital alemana. En definitiva, la retirada de las tropas occidentales de Berlín como objetivo máximo o si no, el reconocimiento por

parte de las potencias occidentales de la RDA, fueron los objetivos de la ofensiva diplomática que Kruschov lanzo sobre la cuestión berlinesa. Además, el momento en el que el dirigente soviético lanzó esta ofensiva fue claramente calculado. En esos años la Unión Soviética estaba en pleno proceso de expansión tanto económica, como militar y tecnológica. En octubre de 1957 Moscú había logrado poner en órbita el satélite *Sputnik* y, además, poseía un espectacular y sofisticado arsenal de misiles de alta tecnología. Todo esto impresionó a los Estados Unidos, que se vio superado por la potencia soviética en estos dos campos, lo que a su vez, produjo un fuerte desgaste en la administración norteamericana presidida por Eisenhower. Pero al margen de la carrera espacial y tecnológica, las relaciones entre los aliados, especialmente entre franceses y norteamericanos, no pasaban por el mejor de los momentos, lo que también aprovechó Moscú para lanzar esta ofensiva sobre Berlín. La llegada de De Gaulle a la presidencia de la República francesa resucitó los enfrentamientos entre los norteamericanos partidarios de que la defensa europea estuviera subordinada a la OTAN, y los galos que apostaban por una Europa occidental autónoma en cuestiones defensivas. Así que, cuando Moscú lanzó esta ofensiva diplomática, Europa occidental no estaba en el mejor de los momentos para afrontar el envite con garantías, a pesar de todo, en una declaración conjunta del Consejo de la OTAN las potencias occidentales ratificaron sus derechos sobre Berlín, al mismo tiempo que rechazaron las presiones de Moscú invitándole a negociar el *status* de esta ciudad alemana en el contexto de la seguridad global europea.

Con esta argucia diplomática, los aliados intentaron ocultar las diferentes posiciones que en torno a la cuestión berlinesa se daban en su seno. De una parte la actitud germano occidental, apoyada por los franceses, era

contraria a ceder ante cualquier presión soviética, mientras que los británicos mantenían unas posiciones mucho más pragmáticas. De esta manera, el eje Bonn-París respondía, más por parte de esta última, a una cierta deriva antinorteamericana que a sus propias convicciones, y así lo hizo público en una conferencia de prensa en la que el Elíseo se negó a reconocer a la RDA como un estado soberano ya que, en palabras de la presidencia francesa, éste había nacido mediante la ocupación soviética. La posición de Washington fue intermedia entre la mantenida por los franceses y la de los británicos, aunque había quien en su propio gobierno optaba por posiciones de más fuerza. En cualquiera de los casos, y conocedor el presidente norteamericano de las susceptibilidades que las relaciones Este-Oeste levantaban sobre la sociedad civil norteamericana, la posición del gobierno fue la de evitar la confrontación directa con Moscú. Tras un viaje del *premier* británico a Moscú, que desató las protestas de Bonn, y después de varias conferencias, la situación de Berlín no varió. Ante este bloqueo, la administración norteamericana decidió invitar al mandatario soviético a efectuar una visita a los Estados Unidos. Así en septiembre de 1959 se produjo la primera vista de un líder soviético a tierras norteamericanas. Y fue durante este viaje en el que la postura de Washington varió sustancialmente en lo que a la situación de la ciudad de Berlín hacía referencia. Eisenhower admitió por primera vez que la situación de la antigua capital alemana no era del todo normal y, tras una reunión en Camp David con Kruschov, la administración americana decidió reducir el número de efectivos en Berlín y cesar en la campaña de propaganda que desde el sector occidental de la dicha ciudad se lanzaba a la otra parte. Meses más tarde, en una reunión que los mandatarios de Francia, Estados Unidos, Reino Unido y República Federal Alemana celebraron en París, lanzaron una invita-

ción a al URSS para celebrar una cumbre en la capital francesa con el fin de tratar el tema berlinés.

Por fin el objetivo del Kremlin se había conseguido y al final se iba a celebrar una cumbre en la que se iba a tratar el *status* de Berlín. Pero una serie de acontecimientos hicieron que dicha reunión no se llevara a cabo. Días antes de la reunión, las defensas antiaéreas soviéticas derribaron un avión espía de la clase U2 que se dedicaba a sacar fotografías en el espacio aéreo ruso. Las explicaciones de la administración norteamericana, haciendo referencia a un error de cálculo de la nave, no fueron tomadas en consideración por el Kremlin ya que las declaraciones hechas por el propio piloto que salvó la vida, negaron esa versión. Kruschov llegó a París y expresó su más enérgica protesta y pidió a la administración norteamericana que cesara en la programación de los vuelos espías sobre espació aéreo soviético. Al mismo tiempo, el mandatario moscovita retiró la invitación que fechas antes había cursado a Eisenhower para que éste visitara la Unión Soviética. Definitivamente, la reunión cuyo objetivo era discutir el *status* de la ciudad de Berlín sirvió de escenario para que una vez más, se pusieran de manifiesto las diferencias que separaban a los dos bloques. A partir de este momento las relaciones entre Washington y Moscú se fueron tensando paulatinamente hasta legar al culmen con la crisis de los misiles de Cuba en octubre de 1962. Como era de esperar el tema de Berlín pasó a un segundo plano durante un cierto tiempo, pero fue con la llegada de Kennedy al poder cuando este tema se retomó de nuevo. La situación de la ciudad alemana fue uno de los temas importantes en la agenda que conformó el primer encuentro Kruschov-Kennedy en Viena en junio de 1961. Pero la posición de la nueva administración demócrata se tornó más dura que la de su antecesor en el cargo. Es más, las relaciones se volvieron a tensionar con este tema

cuando en un discurso el presidente Kennedy anunció que convocaría a los reservistas para hacer frente a la amenaza global que suponía el comunismo y que de manera clara se estaba dando, en opinión del presidente norteamericano, en Berlín. Así, esta ciudad se convirtió de nuevo en el escenario donde se representaba los momentos más álgidos del enfrentamiento Este-Oeste. Ante esta situación, el 13 de agosto de 1961 el gobierno germano oriental decidió cerrar la frontera que comunicaba los dos Berlines. En una sola noche se construyó un muro que separó las dos zonas de la ciudad, en lo que se conoció como muro de la vergüenza. La construcción de este muro desactivó un foco constante de tensión que quizás podía haber provocado un enfrentamiento mucho más serio entre las dos potencias. Al mismo tiempo, con la construcción de este muro el bloque comunista puso fin a la sangría producida por la constante fuga de las capas medias del país que, además de dejar a éste en una delicada situación económica, suponía una mina ideológica para todo el bloque socialista.

4.4. **Una visión wilderiana**

Es en este contexto de las relaciones Este-Oeste, en plena guerra fría y en los días posteriores al levantamiento del muro de Berlín en el que Billy Wilder rodó la película *Uno, dos, tres*. Tal y como su propio título indica, este film se caracteriza sobre todo por la rapidez con la que se desarrollan todas las acciones que componen el nudo y el desenlace de la misma. Una vez escogido el escenario, son los actores que protagonizan esta película –en el que sobresale el papel de Cagney (Macnamara) como representante de la Coca-Cola en Berlín– los que terminan dando credibilidad a esta sátira a pequeña escala de lo que

en esos momentos era una visión de la guerra fría. Sin duda qué mejor ejemplo para caracterizar los valores del mundo occidental que la Coca-Cola, un refresco que era tanto como decir el modo de vida americano y por lo tanto, el que esta potencia intentaba implantar en aquella época. Al inicio de la película son evidentes las alusiones que hacen las pancartas, que en rigurosa coordinación son llevadas por los manifestantes que desfilan por las calles de Berlín oriental, a ciertos episodios referentes a la situación internacional. Una de ellas hace referencia al incidente del avión espía U2, que fue abatido en espacio aéreo soviético, como antes he comentado. Otra de las pancartas hace alusión a Little Rock, en referencia a un hecho de tinte racista que ocurrió en dicha localidad norteamericana. En 1954 el Tribunal Supremo de aquel país emitió un fallo favorable a la integración racial en las escuelas públicas de enseñanza secundaria, con relación a un caso que se había dado en un centro educativo de una localidad de Kansas. Esta sentencia decía que la segregación no garantizaba la igualdad entre las razas y que por lo tanto, en las escuelas públicas de enseñanza secundaria se debía poner fin a dicha práctica. Al ser efectiva esta sentencia los estados comenzaron a ponerla en práctica, pero en los estados del sur las reticencias fueron haciéndose cada vez mayores. En el año 1957 con motivo de la apertura del curso académico el gobernador de Arkansas impidió que varios niños negros entrasen en la escuela de secundaria de Little Rock, lo que supuso no acatar las leyes federales. La tensión llegó hasta tal punto que este gobernador desplegó a la guardia nacional alrededor del colegio para evitar la entrada de estudiantes de color a la escuela. Ante la magnitud que esta situación estaba tomando Eisenhower relevó a la guardia nacional de Arkansas y envió a un destacamento de paracaidistas que escoltaron a los niños, que lograron así comenzar el curso académico.

Este suceso no fue más que una muestra de la situación que la población de color americana estaba sufriendo en los Estados Unidos y que la propaganda socialista utilizaba todas las veces que podía.

El pasado de Alemania también es tocado con un cierto sarcasmo a lo largo de la película, especialmente en dos aspectos. La primera se produce varias veces a lo largo de la película cuando Macnamara le pregunta a veces directamente o en otras ocasiones indirectamente, sobre el pasado de su secretario durante el *nazismo*. Éste le suele contestar con mucha sorna que él fue conductor de tranvías y que se pasó todo la época de la Alemania nazi llevando trenes bajo el suelo. Sin duda un ejemplo sarcástico que nos indica cómo muchos de los alemanes de la posguerra mundial intentaron ocultar su pasado, no porque tuvieran crímenes a sus espaldas, sino porque habían participado de una manera u otra en el régimen de Hitler y esto, en la nueva Alemania, además de una losa podía terminar con la persona en los tribunales. Personifica así el drama alemán tras el final de la guerra, y los complejos que de las consecuencias de la época *hilteriana* arrastra la sociedad de este país hasta nuestros días. La segunda referencia a esta cuestión la podemos ver en el chantaje que Macnamara hace a un periodista de oscuro pasado para que no publique una noticia que afecta a al relaciones de su hija con un joven de la Alemania del Este. En definitiva, son dos *flashes*, dos *gags* en los que este director esboza cuál fue la situación de muchos ciudadanos alemanes que con un pasado cuando menos colaboracionista, tuvieron que reiniciar sus vidas en una Alemania nueva borrando de un plumazo su pasado más cercano.

Pero lejos de quedarse en este tema el director de la película hace una crítica más mordaz e incluso feroz, de lo que es el mundo socialista. Comenzando por el papel de Otto, que durante toda la película articula un discurso

entre ofensivo, cuando reprocha a Macnamara todos los excesos del capitalismo, y de cierto romanticismo, cuando está con la hija del mismo y le explica el proyecto de vida que tiene para él y su familia. La otra cara de la moneda de este discurso mucho más ideológico, lo encontramos en los representantes rusos a la hora de negociar las condiciones en los que se va a realizar la expansión de este refresco por los países del Este. Tras una negociación, más concretamente tras un regateo, la representación soviética nada más y nada menos que tres personas, ha de ir todavía a Berlín Este a consultar con Moscú la decisión final. Con este pasaje de la película, Wilder quiere mostrar al espectador el entramado burocrático que en torno a los países socialistas había frente a la rapidez, y muchas veces precipitación, con el que Macnamara representante de la *Coca-Cola* (occidente) toma las decisiones. Además tras todo este conjunto de deliberaciones se puede entrever una conclusión que es el afán que tenía el mundo socialista por desarrollar en su versión, todos aquellos aspectos que iban bien en occidente. En otro momento de la película se nos muestra cuáles eran las formas de actuar de los regímenes socialistas, torturas, declaraciones manipuladas que hacen que el detenido en plena extenuación declare lo que el régimen quiere. Este ejemplo bien puede valer para la potencia americana. En el origen de la detención de Otto está la paranoia de la época, y no exclusivamente soviética, de que cualquier actuación de protesta frente al sistema socialista en este caso, pero también contra el capitalista, era tratado como si de una ofensiva contra los cimientos de los sistemas se tratara. Es aquí donde el director nos demuestra el alto grado de desconfianza que ante todo lo que viniera desde el «otro lado» se tenía por ambas partes. Al final la detención de este joven se remedia mediante un plan en el que soborno y la atracción que ejerce una secretaria –Ingebor, viva imagen del

sex simbol del momento Marylin Monroe– sobre los representas soviéticos en Berlín Este. En este desarrollo lo que Wilder trata de mostrar a mi entender, no es sólo el grado de corrupción que pudo haber en el régimen socialista sino que además, pretende darnos una visión de dos formas de entender la vida. Por una parte la de una alto ejecutivo, Macnamara, que intenta solucionar problemas sin reparar en el método, muy propio de una estrategia empresarial muy agresiva innata del capitalismo extremo. De otra parte, la laxitud de los criterios morales, éticos, e incluso ideológicos que en determinados escalones de la administración política se pueden dar y en que en esta ocasión, suceden en lado soviético quizás, como espejo también de la realidad norteamericana.

Por último cabe resaltar la crítica muy profunda que el director hace sobre la realidad política del momento y especialmente del papel de los Estados Unidos como potencia del mundo occidental. Nada mejor que esta marca de refrescos para encarnar no sólo los valores de la economía de mercado sino también el papel de la potencia estadounidenses sobre Europa. Para empezar, el viejo continente, representado a pequeña escala en la ciudad de Berlín, aparece como un escenario y en ningún momento es sujeto activo de la trama. Tan sólo se hace referencia al occidente europeo con motivo del veraneo de la hija del jefe de la Coca-Cola, Scarlett, o en las alusiones a la situación de la Alemania del momento. Macnamara, el ejecutivo de esta casa de refrescos destinado en Berlín, un destino de castigo dentro de la empresa, espera reconducir su situación en la compañía introduciendo este famoso refresco en el sector oriental. La estrategia comercial tiene como objetivo el ganar mercado y con él recuperar el prestigio personal perdido como la única forma de promoción social. Desde la central, en los Estados Unidos, se da el visto bueno a todo el proceder, tras una serie de negocia-

ciones en el despacho de Macnamara en Berlín en el que éste les abruma con una serie de datos que dejan a los representantes soviéticos sin oportunidad de réplica. Cuando se produce el acuerdo sobre la introducción del refresco, gran éxito personal con el que espera retornar a la central o ser el jefe de la compañía en Europa, unos avatares diplomáticos hacen que sus planes no se cumplan. Están por medio la hija del jefe –Scarlett Hazeltine– y un joven germano oriental –Otto– con quien se casa. En definitiva el ascenso personal de Macnamara se ve truncado por una eventualidad con la que no contaba, y que incluso, está a punto de costarle el puesto. Durante toda la trama se van viendo las maneras y formas de actuar de lo que representa occidente, que en muchas ocasiones, suele rozar la prepotencia. Al mismo tiempo, vamos viendo como el joven Otto se va trasformando y abraza la fe de lo que supone el sistema capitalista. Esta transformación es posible gracias a que, paradojas de la vida, el socialista Otto pasa a convertirse en un miembro de la aristocracia alemana ya que «emparienta», previo pago que Macnamara asume, con un miembro de la rancia nobleza prusiana clase social venida a menos en la RFA. De esta manera el concepto de lucha de clases es banalizado convirtiéndolo en algo que meramente tiene que ver con la posibilidad de vivir o no mejor, ya que según se va trasformando en un noble va asimilando con una facilidad pasmosa lo que de lujo y bienestar tiene el sistema capitalista, siempre y cuando uno se sitúe en el lugar adecuado del mismo. Finalmente, como si de un noble de toda la vida se tratara, asume su nuevo papel, lo que le lleva a ser nombrado por su suegro jefe de la compañía en Europa, puesto que Macnamara añoraba. En esta ocasión podemos observar la atracción que los títulos nobiliarios ejercen sobre la los estadounidenses. Conscientes de que su historia es relativamente corta, emparentar con la nobleza

europea, conseguir un título, supone el colofón para la clase alta del país. Esa combinación de una Europa venida a menos pero con una especie de *pedigrí* –caracterizado por el conde, que se dedica después de la guerra a cuidar los aseos de un hotel– y una potencia económica en pleno auge aunque sin una historia ni unas raíces comparables a las del viejo continente, pero que no duda comprarlo si es necesario, nos ubica en la situación real de la Europa y de los Estados Unidos en la posguerra europea. En definitiva, película brillante que una vez acabada la guerra fría y la división entre bloques que caracterizó este periodo histórico, no deja de tener virtualidad y sobre todo, nos ayuda a conocer cuál era la mentalidad de los ciudadanos de esa época y en este caso cómo la reflejaron.

4.5. **El director**

Samuel Wilder nació en Viena, Austria, en 1906. Hijo de un empresario de la hostelería y de familia judía comenzó de joven a estudiar Derecho. Pronto dejó de cursar esta carrera y se dirigió a Berlín donde comenzó a trabajar como periodista. Tampoco duró mucho tiempo en este puesto de trabajo, ya que comenzó a escribir guiones para directores como Siodmak o Lamprecht. Con el ascenso de Hitler al poder en los años treinta él y su familia se vieron obligados a huir de la persecución que sobre los judíos inició el régimen nazi. En el caso de Wilder esta persecución supuso que toda su familia fuera exterminada, debido a su procedencia semita. Finalmente Billy Wilder se ubicó en París donde siguió escribiendo guiones a pesar de todo, e incluso debutó como director de teatro en una comedia, *Curvas peligrosas*, que no tuvo mucho éxito. La entrada de las tropas nazis en París hizo que éste se exiliara a Hollywood. En la capital del cine, y

aunque no hablaba inglés, entró a trabajar como guionista en los estudios de la Paramount, formando un tándem con el productor Charles Brackett. A partir de ese momento fueron varias las películas que cuentan con sus guiones, entre las que sobresalen *La octava mujer de Barba azul* (1938), *Ninotchka* (1939), *Medianoche* (1939) o *Adelante mi amor* (1940). Debido al relativo éxito que tuvieron estas películas los estudios le permitieron, a partir de los años cuarenta, dirigir sus propios guiones. En esta década sus trabajos se caracterizaron por lo dispar de su calidad. Frente a comedias desiguales como *El mayor y el menor* dirigió otras películas alta calidad entre las que se encuentran *Predicción*, *Días sin huella* o *Berlín occidente*, película esta que relata de una manera dura la vida de la ciudad alemana en los tiempos inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. También cabe resaltar la película que sobre la decadencia del cine mudo dirigió bajo el título de *El crepúsculo de los dioses*.

Pero es el campo de la comedia donde este director y guionista sobresalió más y cosechó dos de sus éxitos más importantes. En *Con faldas y a lo loco* y *El apartamento* podemos ver al Wilder más sarcástico e irónico, donde hace una crítica social profunda con sus personajes a aspectos que, como el de la vulgaridad, caracterizaban a la sociedad de su tiempo. Este éxito hace que en la mayoría de sus películas vuelva a repetir esta fórmula como es el caso de *Uno, dos, tres*. Esta película inspirada en una obra que triunfó en Budapest y Broadway treinta años antes, la adaptó este director a los acontecimientos de la época en la que le tocó rodarla. Días antes se había levantado el muro Berlín, lo que hizo que su ayudante tuviera que realizar una réplica de la puerta de Brandeburgo ante la negativa de las autoridades de Alemania oriental a concederle un permiso para rodar en dicho lugar. Lejos de ser un éxito de taquilla este film tuvo

incluso duras críticas y, en general, no fue comprendido por la mayoría del público de la época. Quizás el grado de ironía con el que Wilder trato la guerra fría fue excesivo para el momento extremadamente delicado que atravesaban las relaciones Este-Oeste, en plena crisis de los misiles. Esto hizo que una sociedad muy obsesionada con la amenaza atómica como la norteamericana no se divirtiera precisamente con esta cáustica comedia. Sin duda fue la amenaza de una confrontación nuclear lo que hizo que esta película pasara muy desapercibida. A partir de aquí la obra cinematográfica de Wilder fue ampliándose con numerosos títulos, pero este genial director y guionista no supo, de alguna manera, reencontrar a su público.

Ficha técnico-artística

Título original: *One, Two, Three*. Producción Co-Pyramid Prod., para United Artists (Estados Unidos, 1961). Guión: Billy Wilder e I. A. L. Diamond. Fotografía: Daniel Fapp. Decorados: Alexander Trauner. Música: André Previn. Montaje: Daniel Mandell. Intérpretes: James Cagney (C R Macnamara), Horst Buchholz (Otto Ludwing), Pamela Tiffin (Scarlett Hazeltine), Arlene Francis (Phyllis Macnamara), Lilo Pulver (Ingebor), Howar St John (Sr. Hazeltine), Hans Lothat (Schelmmer), Lois Bolton (Sra. Hazeltine). Blanco y negro. Duración 115 minutos.